

## Darío: confirmación del eco anticipado

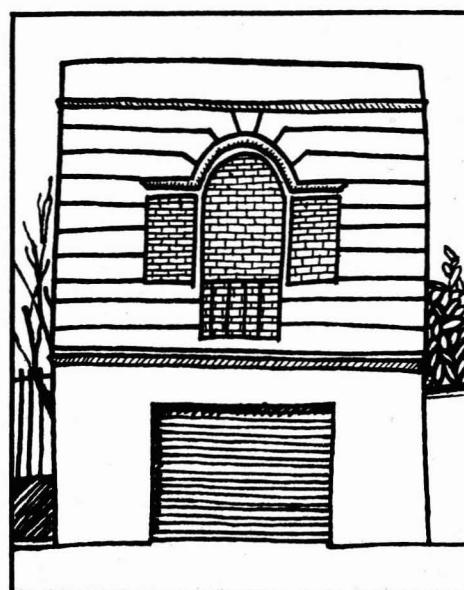
Relegado por asociarlo con las peores convenciones de una época considerada gris por la historia, pospuesto por los vanguardistas de la hora por ignorancia o disminuyendo tontamente por sectores empecinados en sostener una polémica erigida en la tergiversación y el dolo, amén de ahística, entre él y Martí, Rubén Darío sobrevive abaratamientos, malversaciones y pretendidos juicios sumarios de tono fingidamente político para confirmar el valor de su poesía y su prosa en el ámbito de las letras modernas en castellano. El muerto, ay, sigue muriendo. Dos libros muy valiosos confirman hoy (\*) ese eco anticipado del que habla Ángel Rama quien hace cinco años nos ofreció un dudoso (por las intermitencias políticas que distraían al lector) *Rubén Darío y el modernismo* que, sin embargo, junto a *La originalidad de Rubén Darío* de Anderson Imbert es de lo mejor que ha hecho el continente en los últimos años.

Ahora, conciso, renovador y sugerente. Rama prologa con vitalizante energía una hermosa edición de la *Poesía* de Darío en su no menos hermosa y necesaria Biblioteca Ayacucho, editada por don Ernesto Mejía Sánchez que ya nos tiene acostumbrados a un academicismo solvente y minucioso y con una valiosa cronología realizada por Julio Valle-Castillo.

“¿Por qué aún está vivo?” se pregunta Rama en la primera de las cuarenta cerradas páginas de su prólogo; “abolida su estética, arrumbado su léxico precioso, superados sus temas y aún desdeñada su poética” Darío, procesado cien veces por su desdén de la vida y el tiempo que le tocó vivir, persiste en su obra que, dice Rama, es consustancialmente “americana”. La respuesta es digna e intrigante. Asediado por la penuria monetaria, envuelto por la galerada de la prensa, disimulando la miseria en el albayalde de los fracs diplomáticos no pocas veces representativos de rapaces tiranuelos, impopular, odioso, tímido, prostibulario y aterrado por el más allá y sus bagatelas ocultistas, Darío fue un hombre sin grandeza, vacilante y díscolo. Eso sí: es el primer escritor, *lato sensu*, de Hispanoamérica, como ya lo había antes señalado Jean Franco: “un intelectual riguroso”, dice Rama, “moderno, austero en su producción... con quien se instauran las reglas de

la futura profesionalización del intelectual”. Junto a esa circunstancia en él encarnada, por supuesto, Rama columbra otras respuestas. Cabe subrayar, eso sí, el valor de los argumentos de Rama en lo concerniente al escabroso asunto de las relaciones entre Darío y la sociedad. Lejos de investirse de las anacrónicas atribuciones de un supuestamente imparcial juez científico y “objetivo”, Rama analiza con no menos pertinencia que brevedad (tratándose de un prólogo) las circunstancias que determinaron la naturaleza de la opción cultural asumida por Darío: la negación del concepto de expresión romántica, la restauración de “la conciencia como campo de producción de la obra de arte”, el concepto de producción de arte en las circunstancias históricas de fin de siglo, etc., con una seriedad que deja de lado todo pronunciamiento ostentoso patinado de inobjetabilidad. Rama establece así algo que ya resultaba pertinente: lejos de ser el histérico incondicional (tanto estética como políticamente) imaginado por los más diversos memorialistas, Darío estipula como condición imprescindible del quehacer cultural la premisa de la reflexión. La legitimación intelectual del ejercicio poético que emprendió Darío al volverse críticamente sobre él, hace de su figura y su obra una realidad básica de la que todo lo que entre nosotros pueda considerarse crítico y creativo, indudablemente, surge. No menos maravilloso es para el lector percibir en un crítico latinoamericano la habilidad para pensar sobre Darío con un don muchas veces pospuesto (o ausente): el

fenómeno bien específico de su momento histórico como reacción poética, su fundamental capacidad sin crónica. Así pocos críticos habían detectado y analizado un asunto capital que de lo anterior se infiere: el de la artificiosidad. Es cierto que el problema era inicialmente europeo, pero Darío supo condicionarlo a una problemática hispánica de manera casi renovadora. Se recuerda la pugna ya clásica entre naturalistas y esteticistas que venía quizás desde Hegel y Rousseau y continuada hasta Huysmans y Wilde. Darío, dice Rama, llevó, como nadie, “tan a fondo la trasmutación de lo natural en artificial”. Ciento que esto ya lo había notado Salinas en su clásico estudio. Lo que Rama le agrega al problema es su capacidad para hilarlo tanto con la estética desnaturalizada y cruel de los esteticistas como con las renovadas circunstancias culturales que se daban en América Latina donde tal comportamiento estético “testimonió la marginalidad y simultáneamente la integración al sistema mundial en curso”. Duro golpe da la inteligencia de Rama a quienes en el caso de Darío se han dejado arrastrar por la posibilidad facilona de vituperarlo por lo que consideran exótico o evasión. Esperemos que además les de una lección y que estén dispuestos a acatarla. Lo mismo puede decirse del tratamiento que hace Rama de otros problemas capitales siempre en el doble proceso de su análisis y su imbricación con otras circunstancias: el conflicto ideológico del lenguaje, la búsqueda de la unidad de la que ya ha hablado Paz en *Cuadrivio* —texto cuya presencia ahora no es mínima ni mal empleada—, ahora comentada en la sección “Naturaleza: la Selva Sagrada”; el análisis de la relación conciencia-mundo, y la reivindicación de lo bello y lo placentero como patrimonio asequible del hombre frente a la deshumanización moderna, la vida interior como obra de arte en la titulada “Dentro-fuera”; la alternativa del placer y su energía transformadora en “Venus Impera” y, por supuesto, ese sistema insustituible en el que los otros se articulan, la poesía, en sus relaciones formales y culturales en “Bajo el gran sol de la eterna armonía”. Rama va más allá incluso: Darío transformó la lengua castellana en “plenamente americana y por tanto en profundamente hispánica”. Y termina: “Creo que la mayor revolución que podía esperarse de un poeta fue esta, sólo comparable a la que en la prosa cumplió paralelamente Martí, revolución cuyas consecuencias pueden medirse por el siglo

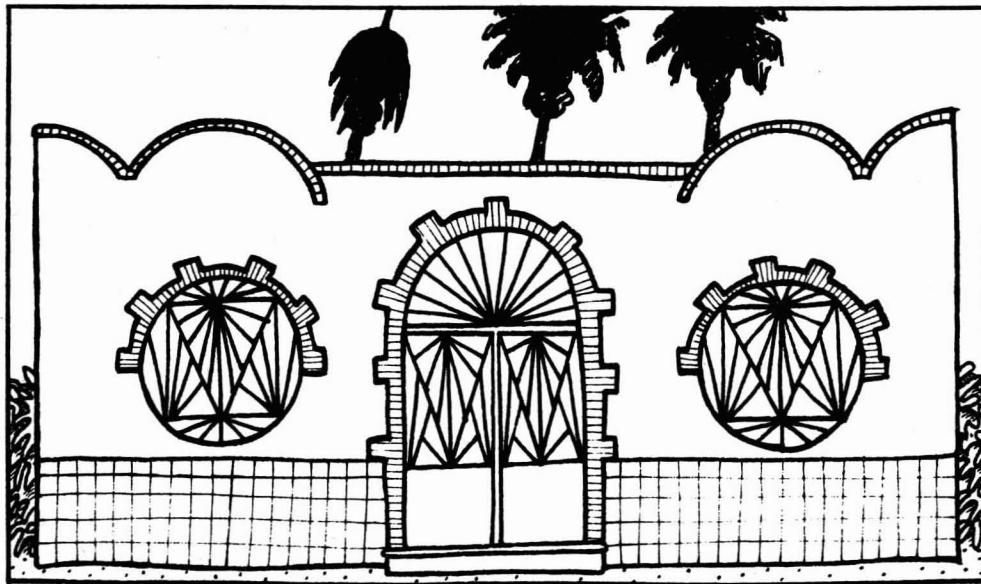


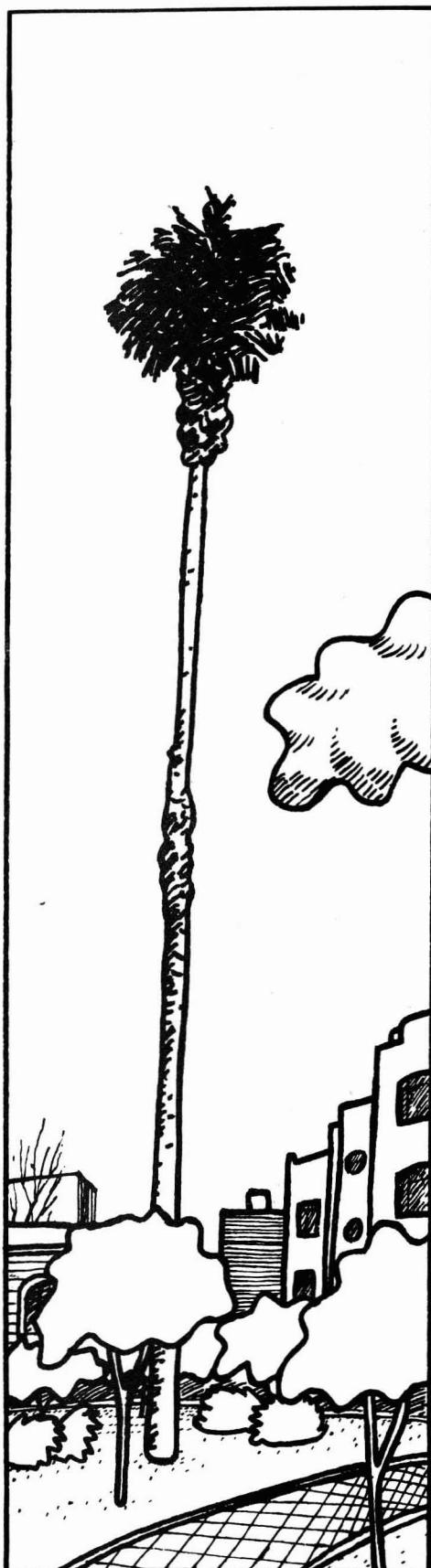
que casi ha transcurrido desde su magna operación y que ha permitido consolidar el íntegro discurso verbal de Nuestra América". Sí, Darío hizo lo que nadie por la lengua: "la liberó del discurso retardatario burgués en que había sido aprisionada". De todo lo anotado (es el lector quien tiene que recurrir a este libro magnífico, no sólo por el prólogo que comentamos apenas superficialmente, sino por conocer y reconocer a Darío) sólo habría que hacer una observación que casi quiere ser solicitud: dos veces se menciona a Martí en el prólogo de Rama: sólo ante él cede Darío la palma de lo "consustancialmente americano" y la que arriba cité. No se trata de sugerirle pertinencia al afán más que caduco de contraponer sus personalidades, obras o posiciones cincuenta años después de que terminara su profunda amistad. Sabemos que la situación cubana era muy diferente a la de otros países americanos. Sabemos que el pondonor de Martí, su inteligencia y su arte abarcan circunstancias más amplias que las de la guerra cubana de independencia (basta recordar sus magníficos ensayos sobre Bolívar y San Martín). Este lector se limita a sugerir que quizá no se trate de ver quién cede la palma a quién; más bien desearía que hubiese una revolución socialista en Nicaragua que se preocupara, como lo ha hecho la cubana en el campo literario con sus autores, de reestudiar a Darío como lo amerita en el campo de la política y la historia centroamericana, de la literatura americana que iba desde la de la Argentina hasta la de la República Dominicana con un fervor, una insistencia y una regularidad

difícilmente imaginable hoy en día. Lo que pasa es que a la gente se le ha olvidado que Darío, además de su poesía, escribió miles de páginas sobre los más diversos temas durante más de quince años que, por supuesto, valen todavía: desde una crónica de un eclipse en Asturias hasta la obra de un joven pintor mexicano, y desde el conflicto del canal de Panamá hasta el socialismo de Zolá. Parafraseo a Martí: conocer a diversos escritores es la mejor manera de liberarse de la tiranía de alguno de ellos. Sabemos que Rama no lo ha olvidado; esperemos que la maravillosa Biblioteca Ayacucho publique un necesario complemento a este hermoso volumen de la *Poesía* de Darío: una selección, digna, de su periodismo.

El cuento es otro costal: se les consigue en ediciones bien editadas y comentadas. No han corrido la suerte del periodismo que es inconseguible desde 1950 cuando la editorial de aquel sabio del nombre oximorónico, Afrodisio Aguado, lo recogió en tres tomos en Madrid, junto al de los cuentos y la poesía —muy incompletos—, que eran, por cierto, tomitos extraordinariamente hermosos. Sospecho que José Olívio Jiménez, prologista y editor de *Cuentos fantásticos* no desconoce ese trabajo. Afirma, en cambio, que no le dio el uso que podría haberle dado. Su prólogo (23 pp.) modesto, funcional, parece desbarrar a esos prólogos al uso que infestaban Alianza editorial cuando decidieron inundar al mundo hispanoparlante con los cuentos (la mayoría merecedores del carácter "menor" que les adjudicó Borges en su libro sobre la litera-

tura norteamericana) de Lovecraft. Lo que quiere decir lo siguiente: las categorizaciones de Todorov sobre la naturaleza del cuento fantástico son interesantes pero difícilmente estimularán al "lector no versado" a adentrarse en "más importantes cuestiones". El librito es hermoso, la portada magistral, la selección buena. Además era necesario reivindicar a un Darío autor de cuentos fantásticos además de los cuentos ya de todos conocidos en tanto que amplifica ante el público la gama de sus preocupaciones. El prólogo hace buenas síntesis de la novela negra o gótica y del cuento fantástico en el periodo modernista. Quizá su debilidad esté en no haber hecho una síntesis del problema de lo "oculto" para Darío que es lo que precisamente puede seguirse con relativa facilidad en su periodismo. Ciento que las doctrinas esotéricas atrajeron a los modernistas por cuanto tienen de aproximación al misterio, como lo ha señalado Ricardo Gullón; improbable, como dice Jiménez, que para "poseer una gramática emancipada" (sic) del género, su "inicial esfuerzo les impide sobreponer el peso de esa vaga y difusa neoespiritualidad que con tal esfuerzo andaba mezclada y les obstaculiza el avance hacia nuevas formas y técnicas de mayor libertad dentro del género". Quizá no se debería de tratar de sopesar la validez de Darío como narrador de cuentos fantásticos que se preocupe también de la extraordinaria cantidad de asuntos de los que se ocupó Darío. Así, no cabe duda de que los cuentos como tales son débiles. Donde adquieren otra dimensión es a la luz de las preocupaciones espirituales de Darío, donde complementan una buena cantidad de problemas que para él eran importantes no como un asunto que le preocupaba vitalmente, en el que veía la única salida del callejón de lo que Darío llamaba "la histeria mental de la ciencia y la delectación morosa de la teología". Esta clase de errores es lo que una buena lectura del prólogo de Rama podría prevenir: los modernistas como unos seres atrasados que tuvieron el mérito de querer superarse, su aparición tardía y comprensiblemente anacrónica, sus máscaras epatantes. Insisto en que el prólogo de Jiménez es bueno, pero desplaza la significación que para Darío tenían esas cuestiones. Lo que para Jiménez es "difusa neoespiritualidad" para Rama es "el temor a lo desconocido disfrazado de ocultismo". Hay que recordar al Darío teosófico y analizar cuál era la naturaleza de esas preocupaciones más a fondo





de lo que lo ha hecho Anderson Imbert en el libro ya citado. El Darío preocupado por "Las tinieblas enemigas" o las heterodoxias religiosas ("Un cisma en Francia") o las blasfemias travesuras de los estudiantes de medicina ("El desquite de la muerte"). Todo eso era más capital para Darío que lo que suele reconocerse. Se trata de un Darío enfermo de *Eironaia*, amigo de "estampas vampirizadas, carnicerías guerreras, desnudeces impúberes, pegasos sarnosos y wagnerizaciones singulares" seguidor de los swedenborgianos de la rue Thourin y las autopsias de Saint-Antoine, temeroso de "la flaca fatal que ve mucho más allá de sus ausentes narices" a quien, a veces, sólo la ira distrae de su temor como cuando habla de las mujeres abortadoras de Francia: "La hacedoras de ángeles, cirujanas galantes que abelardizan la crecida clientela de damas ultraprudentes partidarias de la despoblación"; el Darío seguidor de Fuchsius, Delaporte y el Marqués D'Hervey de Saint-Denise, que se aterroriza ante la posibilidad de contraer la sífilis ("La herencia de Don Juan") y lo lleva a hacerse un experto en esa rama de la medicina; lector asiduo de Pascual y Richard en lo concerniente a "lo videncial y lo onírico", y miembro regular de las conferencias de Eusapia Paladino, fan del tarot, la cábala, percances sibilinos y urgencias de ultratumba; comentarista (en *Los raros*) de poetas-trostos macabros como Hannon y Rollinat. Creo que la lectura de todos esos artículos (Rama mismo acaba de editar en la U. de Puerto Rico *El mundo de los sueños*) dispersos en su periodismo hubieran ayudado más al lector a ubicar a Darío dentro del género que parafrasear por enésima vez las categorías todonovianas, es decir, lo hubiera ubicado dentro de su singular coherencia. Para Rama esa relación con el ocultismo es "timorata". No deja de parecerme contradictorio que Rama luego le otorgue a esa preocupación dariana jerarquía suficiente como para considerarla significante cuando analiza el problema de *la unidad*. Darío buscaba respuestas a "la áspera situación que vivía", y veía en todo ello "un ligamen entre el universo científico... y el perviviente afán de un orden regido por el espíritu" como dice Rama. Por eso mismo habría que empezar a considerar si esas preocupaciones, reiteradas como ninguna otra en los artículos de Darío, por el alma de Chopin y de Poe, los tísicos, el suicidio, el vicio, la leche de serpiente, el amante macabro, la señorita esqueleto, la bebedora

de ajenjo, la cefalalgia, la navaja del diablo y la vilanela no serán más dignas de consideración de lo que han sido hasta ahora. El hermoso tomito de Jiménez puede interesar a alguien a seguir esa pistas. Una última observación: ¿no hubiera convenido que Jiménez hubiese incluido dos curiosos textos —cuyos elementos claramente autobiográficos sólo los hacen más interesantes— casi olvidados? Me refiero a "Siempre el misterio" y a "Historia de un sobretodo".

Guillermo Sheridan

\* Rubén Darío, *Poesía*, Prólogo de Angel Rama, edición de Ernesto Mejía Sánchez, cronología de Julio Valle-Castillo, Biblioteca Ayacucho Núm. 9, Caracas, 1977.

\* Rubén Darío, *Cuentos fantásticos*, prólogo y selección de José Olivo Jiménez, "El libro de bolsillo" Núm. 646, Alianza editorial, Madrid, 1976.

## Psicosis y recuperación en la pantalla

Para alguien apasionado por el cine y por el psicoanálisis resulta particularmente interesante el reciente estreno de dos cintas cuyo tema es la psicosis, y cuyo tratamiento tiene en común la curación (o más exactamente la recuperación) de sus respectivos protagonistas. Nos referimos a *Nunca te prometí un jardín de rosas* y *Equis*.

Aunque ambas historias están apoyadas —no podía ser de otro modo— en casos reales, la primera de ellas resulta más familiar para los lectores en lengua española, debido a la difusión que ha tenido la traducción de la autobiografía clínica de Hannah Green,<sup>1</sup> mientras que la segunda resulta más bien una traducción del lenguaje teatral al cinematográfico.

*Nunca te prometí...* trata sobre un caso de esquizofrenia en una joven de 17 años y las dificultades de su tratamiento, que duró más de tres años antes de llegar a la curación total. En esta película, los gritos delirantes y las fantasías oníricas de la protagonista son presentados con un desapasionado dominio de la técnica, no sólo filmica sino también sicoanalítica, lo que genera un espacio donde el impulso terapéutico ha dejado atrás las mitologías de un virtuosismo prefreudiano (las curaciones casi mágicas) para acceder al clasicismo y la precisión de un caso tan excepcional como